

Narrativa histórica: El legado de la novela *Yo, El Supremo* de Augusto Roa Bastos en la consolidación de la identidad cultural del Paraguay

Rudy Guerrero Portales

*Del légamo caliente, de los tronos,
del yacaré devorador, en medio
de la pestilencia silvestre
cruzó el doctor Rodríguez de Francia
hacia el sillón del Paraguay.
Y vivió entre los rosetones
de rosada mampostería
como una estatua sórdida y cesárea
cubierta por los velos de la araña sombría.*

Pablo Neruda

La novela *Yo, el Supremo* del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos* se basa en una figura histórica controversial y en los acontecimientos que rodearon a ese personaje. Aunque conocer los hechos más trascendentes de esa época no es indispensable para comprender el texto de la obra, la referencialidad histórica juega un papel importante en la narrativa del *Supremo*, pues

* Augusto Roa Bastos (1917-2005) fue un escritor paraguayo nacido en el pueblo de Iturbe. Creció entre trabajadores campesinos (menús) y cazadores carpinchos. A los 17 años se alistó en el ejército y participó en la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia (1932-1935). A partir de 1947 vivió exiliado en Francia, y Argentina y siempre fue un escritor comprometido, por cuanto el arte para él era una herramienta redentora y no podía estar desligada de la realidad histórica.

La obra de Roa Bastos abarca diversos períodos de la vida nacional: *Yo, el Supremo* se construye alrededor de la vida del Dr. José Rodríguez de Francia, polémico personaje político de la historia del siglo XIX.

en el proceso de desarrollo argumental de la obra él se nutre de ella para expresar ciertas ideas relacionadas, entre otras, con el concepto comunitario paraguayo. El personaje se mueve dentro de una macro-temporalidad. No obstante, hay una sistemática referencia a una época determinada que sobresale en su discurso. La referencialidad histórica está así funcionando como un marcador temporal y, al mismo tiempo, señala que el discurso de el *Supremo* es portador de ciertos valores correspondientes a esa época. Los conceptos socio-políticos que maneja el personaje no son abstractos sino que se identifican con el ser paraguayo del siglo XIX.

The novel *Yo, el Supremo*, by Paraguayan writer Augusto Roa Bastos, is based on a historical and controversial character and on the facts that surrounded this character. Even though it is not important to know the most important events of that time to understand the text, the historical references play an important role in the narrative of the *Supremo* because in the process of the argumentative development he is nourished from those references in order to express some ideas related, among others, with the communal Paraguayan concept. The character moves inside a macro-temporal level. However, there is systematic reference to a specific epoch that is highlighted in his discourse. The historical references thus works as a temporal marker and, at the same time, reveals that the discourse of the *Supremo* contains some values that correspond to that time. The socio-political concepts that the character works with are not abstract but rather show the Paraguayan identity of the XX century.

¿ Qué papel desempeña la novela *Yo, El Supremo*, de Roa Bastos en la consolidación de la identidad cultural del Paraguay?

En una primera aproximación, diremos que Roa Bastos se ubica ante la narrativa asediada por la historia y la que se emplea en desenmascarar la realidad tal cual es. Le interesa jugar con el tiempo para vencerlo y pretende entregarle al lector una especie de espejo mágico para que atravesase al héroe del relato en la complejidad de su realidad y se descubra a sí mismo. El escritor Marini-Palmieri comenta al respecto:

En ello pone Roa Bastos la maestría de un verdadero artífice del lenguaje. Así es, en *Yo, El Supremo* donde la identidad legendaria y mítica de Francia es tan múltiple como la historia, como la literatura, como ese pueblo que sin El Supremo hubiera sido devorado por los países limítrofes ya al nacer a la libertad. (1984.:227)

En el legado histórico de la novela *Yo, El Supremo*, en la consolidación de la identidad cultural del Paraguay, convergen tres niveles de apreciación:

- a. *Yo, El Supremo* histórico, que se refiere a la realidad vivida en la época y que está escrito en la novela al pie de la página. Este es el segmento histórico en que el autor cumple el rol de compilador;
- b. *Yo, El Supremo* de Roa Bastos, que concierne al texto narrativo, al ámbito ficcional y;
- c. *Yo, El Supremo* lector, que comprende la participación del lector para convertirse en una suerte de compromiso para arribar a un encuentro profundo y crítico con la realidad histórica desarrollada ficcionalmente.

Para adentrarnos en la estructura de la novela de *Yo, El Supremo* es importante destacar que la obra consiste en un extenso y denso monólogo. Es el soliloquio de alguien que pertenece a la ficción. Da la impresión de una obra compleja de nudos semánticos, plena de recursos lúdicos y de alteridad. El narrador de ficción que monologa en *Yo, El Supremo* es un imaginario social, transmutado e individualizado. El narrador interno de *Yo, El Supremo* parece que lo sabe, lo escucha y lo ve todo hasta el futuro.

Con respecto al monólogo del *Supremo*, es pertinente citar las notas de Juan Manuel Marcos que aparecen en el Apéndice de la novela:

Lo que ocurre es que Roa Bastos ha dado un paso originalísimo en la construcción de dicho monólogo aunque no haya sido el primero en darlo dentro de la narrativa latinoamericana contemporánea. El que monologa es, por supuesto, el Supremo, pero no el Supremo vivo, sino el Supremo muerto. (p. 443).

Roa Bastos no sólo ha imaginado “viviendo” en la conciencia del doctor Rodríguez de Francia después de muerto, para desde allí contar su historia, sino que, acorde con los parámetros de la novela hispanoamericana contemporánea, deja de ser mera entretención, para comprometerse con el lector, para llegar a un encuentro de verdades en donde se re-crea ficcionalmente un período crucial en la historia del Paraguay.

Yo, El Supremo asume la condición de un imaginario que se expresa dialécticamente en un diálogo-monólogo, Supremo-Policarpo (su secretario). No es simplemente una descripción de circunstancias y personajes, sino que hay juegos semánticos y numerosos giros lingüísticos. Pareciera que estamos frente a un proceso innovador de la novelística actual, cuando Roa Bastos nos obliga, virtualmente, a valorar “lo que se sueña”, nacionalidad paraguaya, y lo que se “aspira”, preservación de la independencia del Paraguay.

La innovación que se menciona se detecta en la expresión de los pensamientos, sentimientos, deseos del personaje volcado sobre sí mismo, como parecieran presentarse en el subconsciente, no sometido, precisamente, a la manifestación lógica.

Hay ruptura de estilo, simultaneidad de escenas y buen dominio de las técnicas de alteridad en lo que se refiere a la transposición del tiempo.

Roa Bastos rompe con los criterios estéticos tradicionales para crear una narrativa que relaciona la vivencia histórico-social de un país que lucha por consolidar su identidad nacional, por aprehender y reforzar lo propio.

Es propicio subrayar que este Supremo de ficción que “lo vea y lo sepa todo”, tanto el pensamiento de los demás, como el pasado y el futuro del Paraguay, rompe en la novela la sucesión cronológica y, por lo tanto, la lectura se puede hacer perfectamente en cualquier orden. El otro recurso del escritor paraguayo de hacer hablar al *Supremo* después de muerto ya lo utiliza Juan Rulfo, en su novela *Pedro Páramo* (1955).

La novela está narrada como un monólogo póstumo del protagonista. *El Supremo*, aunque está muerto, simula que ordena a su secretario Policarpo Patiño; es entonces el dictador que dicta. También escribe él mismo en su cuaderno privado y dialoga con otra gente, o bien, cuenta acontecimientos históricos de su época. Muchas veces utiliza una *circular perpetua*, con órdenes y principios que sus subordinados deben cumplir. El tono de los monólogos cambia, a veces es tranquilo, reposado, otros, totalmente alucinante, como si el *Supremo* padeciera un delirio.

Roa Bastos afirma que él no es autor de la novela, sino el “compilador”, (recolector de datos, libros, documentos, producidos por otros). En la obra, como indicábamos anteriormente, aparecen “notas del compilador” como algún comentario sobre lo que se desarrolla en el cuerpo principal del texto. Del mismo modo, incluye notas de otros autores, algunas de la vida real, historiadores, y otros, imaginarios.

Pero realmente lo singular y hasta jocoso consiste en sugerir que ha “compilado” lo que el *Supremo* piensa en su tumba. El *Supremo* se identifica con el pueblo paraguayo: *Mi voluntad representa y obra por delegación la incontestable voluntad de un pueblo libre y soberano.* (p.245). Además, en este tipo de manifestación, que va plasmando la identidad nacional del Paraguay, encarna el destino de *la nación que parí y que me ha parido* (p.182). Agrega el personaje principal de la novela en tono agresivo: *Yo he sido siempre Yo; es decir, cuantos dijeron Yo durante ese tiempo, no eran otros que Yo-El juntos.* (p.297). Es toda una representación que no termina con la muerte.

Seguidamente, *el Supremo* expresa: *Yo es El definitivamente, Yo-El Supremo Imperecedero.* (p.431). Aquí el relato homologa la ficcionalidad con la realidad cuando declara que el *Yo agonizante* se transforma en el *Supremo*, en la fuerza poderosa/suprema surgida de la persona-muchedumbre, del pueblo-pueblo que no puede morir; es decir, se advierte resueltamente una identificación con el Supremo. El protagonista de la obra se identifica con el pueblo paraguayo en su lucha por la soberanía de la vapuleada nación.

Cuando Roa Bastos habla del *libro que hace el pueblo*, se desprende muy claramente su grado de compenetración con su pueblo, para interiorizar su propio destino histórico. Este libro que menciona el escritor paraguayo puede interpretarse como la presencia del imaginario social que se manifiesta como actitud crítica de un colectivo sociopolítico. Esto es un significativo aporte histórico de la novela en estudio. El imaginario social constituye la otra cara de lo “oficial” y, naturalmente, un rostro diferente de la cultura. El proceso de comunicación de los países en formación ha sido eminentemente oral y su rescate le ha correspondido en gran parte a la novela histórica.

En la realidad histórica de los pueblos, ocurren demasiadas cosas y no siempre es posible captar toda la urdimbre de la compleja vida cotidiana. Sin embargo, *el exceso de memoria le hace olvidar (a Policarpo Patiño) el sentido de los hechos* (p.23). En este caso, actúa el imaginario social, para seleccionar y luego identificarse con los hechos relevantes que conciernen a su ámbito existencial. Los hechos sucedidos cambian continuamente.

Pero, ¿cuál ha sido, realmente, el legado histórico de la novela *Yo, El Supremo*, para el Paraguay y para América Latina?

En una entrevista que concedió al diario *La Prensa* de Lima el 4 de febrero de 1975 *Escarbando a un Dictador: Yo, El Supremo*, Roa Bastos resume de la siguiente manera su diálogo con la historia:

Creo que la historia está compuesta por procesos y lo que importa en ellos son las estructuras significativas: para encontrarlas hay que cavar muy hondo y a veces hay que ir contra la historia misma. Eso es lo que intentado hacer y es lo que más me costó en la elaboración del texto: este duelo, un poco a muerte, con las constancias documentales, para sin destruir del todo los referentes históricos, limpiarlos de las adherencias que van acumulando sobre ellos las crónicas.

Agrega: “Intenté construir una novela a partir de la realidad histórica para que a su vez la novela pudiera convertirse en historia, en otro tipo de historia, desde luego.” Para Roa Bastos, la literatura es una forma de conocimiento, como lo es la historia para el historiador.

Mi novela –enfatisa Roa Bastos– no puede menos que tener una “carga” política, yo diría, más bien ideológica. Afirmar lo contrario sería negar uno de sus niveles de significación, y si eso fuera así, habría que concluir que toda la novela es un fracaso, desde el momento que la estructura de conjunto que relaciona lo histórico con lo mítico no ha sido lograda.

En *Yo, El Supremo* se transparenta la imagen oculta, deformada y ensombrecida del déspota que dio –y esto es interesante anotar– de comer a su pueblo y

lo protegió casi sin armas y sin ejército de las tribulaciones que nunca cesaron de agitar su gobierno.

En un artículo titulado *Hacia el pluralismo democrático en Paraguay* (1984), Roa Bastos sugiere que su admiración por el doctor Rodríguez de Francia se limita a *su persona histórica y contingente y no a su forma de gobierno en general*. Desde una perspectiva homológica, el escritor paraguayo no pensaba en Rodríguez de Francia como un modelo para el futuro. En este sentido, se observa un cuestionamiento a un eventual modelo político, cuando en la novela el Supremo aconseja a Bonpland, un personaje de la novela: “Si encuentra por azar la huella de la especie a que pertenezco (de los dictadores) bórrela. Tape el rastro”. (p.290)

Esta orden representa una duda personal del dictador que no es coherente con sus expresiones de confianza en sí mismo y en su histórica misión. Estas “reservas” de Roa Bastos en cuanto a la dictadura son, evidentemente, su inclinación por el pluralismo democrático.

Aquí, precisamente, adquiere relevancia el imaginario social, pues tanto la jerarquización como la selección de los hechos que permite la interpretación histórica no las formula Roa Bastos como lo haría un historiador profesional. Aunque el imaginario social no retiene fácilmente acontecimientos individuales y menores de la vida nacional, subyace un nervio vital de comunicación que es necesario articular y poner de manifiesto, no sólo a través de la investigación científica, sino también mediante la creación artística. Es interesante el punto de vista de Paul Veyne, citado en su libro: *¿Cómo se escribe la historia.? Foucault revoluciona la historia*. (1984) “Según Foucault en el ámbito de lo que se dice hay prejuicios, resistencia, salientes y entrantes inesperados, de los que los hablantes no son conscientes en absoluto” (1984:211).

Como puntualiza Roa Bastos “para escribir, es necesario leer antes un texto no escrito, escuchar y oír antes los sonidos de un discurso informulado aún, pero presente ya en los armónicos de la memoria.” (1982:144) Como se desprende de la observación de Foucault, debemos poner mucha atención a lo que él denomina *la gramática sumergida* que subyace en el discurso. Leer lo informulado de un texto, requiere, indudablemente, una prodigiosa sensibilidad como la de Roa Bastos, que con su dominio de los recursos ficcionales, consigue crear nuevas aperturas de comunicación humana.

Ahora bien, la historicidad del discurso ficcional puede ser textual y en la obtención de los datos documentarse con rigor; pero, como afirma Alejo Carpentier, la novela histórica debe señalar una época y plasmar una lección de enseñanza fundamental de validez actual. Y en esto, justamente, incide el papel social del novelista y su legado histórico:

Recibir el mensaje de los movimientos humanos, comprobar su presencia, definir, describir su actividad colectiva. Yo creo que en esto, en esta

comprobación de la presencia, en este señalamiento de la actividad, se encuentra en nuestra época el papel del escritor. (Carpentier, 1981:47)

Captar el pasado requiere una comprensión imaginativa y crítica de las personas, que se traduce en un compromiso para narrar, criticar, exaltar, pintar, amar, comprender, en fin, mostrar los pueblos de Hispanoamérica. Sin embargo, hay puntos de convergencia entre él o la historiadora y él o la escritora, como lo ilustra el historiador francés Georges Duby en una conferencia impartida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica: “Una emoción, y es esta emoción la que el historiador debe compartir con su público, lo mejor de sí, escogiendo las palabras utilizando todos los artificios de la literatura. Como un novelista y como un poeta”. (Duby, 1994:25)

El historiador tiene el deber, a lo largo de su escritura, de verificar, de comprender, de interpretar, de criticarse a sí mismo, pero a la par de estas exigencias, debe escribir de manera atractiva, de modo que logre comunicar sus conocimientos con un estilo diáfano y agradable: un poco de novelista y un poco de poeta. Los grandes historiadores del siglo XIX, Michelet, Agustín, Fustel de Coulanges e incluso Renán, tenían conciencia de esta necesidad. Se esforzaban por escribir bien y leían sus obras con placer. Como señala el autor: “cuando se escribe historia, nunca se escapa de lo subjetivo. El sueño que alimentaba el positivismo es ilusorio, la objetividad está fuera de alcance, ineluctablemente.” (Duby, 1994:77)

Los hechos humanos siempre son complejos. En la lectura de *Yo, El Supremo*, la narrativa parece indicar que más allá de contar una historia –que tiene muchas veces un gran atractivo– lo que se pone de manifiesto es el proceso por el cual se está contando: “a los veinte años de aquella noche, después de un largo rodeo, podía completar el resto de una historia que me pertenecía menos que un sueño y en la que sin embargo seguía tomando parte como en sueños” (p.14). Aquí, paradójicamente, el Supremo arremete contra los novelistas cuando los acusa de desfigurar todo: “a ellos no les interesa contar los hechos sino contar que los cuentan.” (p.34).

Al invocar de nuevo el análisis de la homologación en Roa Bastos, se advierte en el relato una relación de los hechos a través de alegorías y símbolos connotan muchos significados (polisémica), a un mismo tiempo en un núcleo de relaciones. Se construye todo un proceso de realidad mítica fundado en la invención, en la fábula, que no distorsiona la verdad histórica, sino que constituye una penetración más profunda de los hechos, de los sentimientos y del mismo imaginario social. Específica el Supremo: “Hubo épocas en la historia de la humanidad en que el escritor era una persona sagrada. Pero en aquellos tiempos el escritor, no era un individuo solo: era un pueblo.” (p.74).

Si el escritor forma parte del pueblo y se presta a escuchar las voces que oye en su propia subjetividad, en la que se refleja la de todos, se comprueba que

en la narrativa de Roa Bastos se fortalece significativamente la concepción de identidad nacional y cultural de una nación que estuvo amenazada por sus propios vecinos.

La independencia y soberanía del Paraguay ha sido la “viga central” de la novela. En sus páginas se insiste en que con su propio esfuerzo el Paraguay ha labrado su fundamento de patria, nación y de república.

El Supremo Dictador dice:

El presente bienestar, el futuro progreso de nuestro país son los que quiero proteger, preservar, si fuera posible, hacer avanzar más aún. En esta atención, ahora que juzgo más proporcionadas las circunstancias, estoy tomando medidas, haciendo preparativos para librar al Paraguay de gravosa servidumbre. (p.365)

La nacionalidad paraguaya no fue, precisamente, fundada por el Dr. Francia. Más bien, es un proceso de lucha de siglos que arranca del tiempo del enfrentamiento de los indios guaraníes contra los embates de la conquista. Así, por ejemplo, la Revolución de los Comuneros y su héroe José de Antequera (analizado en el contexto histórico del Paraguay del presente trabajo) merecen el elogio de El Supremo que ve en ese movimiento (el cual proclamaba la voluntad del común de los ciudadanos sobre el Rey) el antecedente próximo y fundamental de la organización del Estado. De modo que el doctor Francia es un consolidador del proceso de identidad nacional. La construcción identitaria es dinámica, constante y compleja, como lo analizan las investigadoras María Pérez y Yamileth González: “La identidad es una búsqueda, una construcción siempre inacabada, cambiante y dinámica. Un proceso múltiple, diferenciado, pleno de contradicciones y sueños, de esperanzas y sentidos concretos”. (1996:5)

La Circular Perpetua, que El Supremo dicta a su secretario Policarpo Patiño, se dirige a los delegados, Comandantes de Guarnición y de Urbanos, Jueces Comisionados, Administradores, Mayordomos, Receptores Fiscales, Alcabelleros y demás autoridades y opera como un intertexto en el texto, que les comunica algunos temas históricos y morales. Les explica, además, los principios que rigen la independencia y la constitución del Estado que debe defender. Les ordena terminar un censo de población y una detallada rendición de cuentas. Por último, se refiere a sus detractores en los siguientes términos:

¿De qué me acusan esos anónimos papelarios?, ¿De haber dado a este pueblo una Patria libre, independiente, soberana? Lo que es más importante, ¿de haberle dado el sentimiento de Patria?, ¿De haberla defendido desde su nacimiento contra los enemigos de dentro y de fuera? ¿De esto me acusan?. Les quema la sangre que haya asentado, de una vez para siempre, la causa

de nuestra regeneración política en el sistema de la voluntad general. Les quema la sangre que haya restaurado el poder del común en la ciudad, en las villas, en los pueblos que haya continuado aquel movimiento, el primero verdaderamente revolucionario que estalló en estos continentes antes aún que en la inmensa patria de Washington, de Franklin, de Jefferson; inclusive antes que la Revolución Francesa. (p.33)

Enfatiza el Supremo con vehemencia:

Entré a gobernar un país donde los infortunados no contaban para nada, donde los bribones lo eran todo. Cuando empecé el Poder Supremo en 1814, a los que aconsejaron con primeras o segundas intenciones que me apoyara en las clases altas, dije: señores, por ahora pocas gracias. En la situación en que se encuentra el país, en que me encuentro yo mismo, mi única nobleza es la chusma. No sabía que en los días de aquella época, el Gran Napoleón había pronunciado iguales o problemas Empequeñecido, derrotado después, por haber traicionado la causa revolucionaria de su país. (p.40)

En las citas anteriores, hay un punto clave en la novela que reafirma el ideal de identidad cultural. Justamente, cuando el Supremo emite su severo juicio y habla del *sentimiento de Patria*, con *mi única nobleza es la chusma*. Esta es la concreción ficcional de la identidad de Paraguay con el respaldo del pueblo.

A mi juicio, Roa Bastos ha escrito la novela de la identidad nacional y cultural paraguaya. En la urdimbre textual persiste un amplio espectro de temas referidos a la vida política, económica, educativa, religiosa, militar, social y otros aspectos relacionados con el ámbito internacional. En su mayoría permean la lucha cotidiana por mantener el país a salvo de la agitación y de la anarquía de sus vecinos, erigen una especie de cordón protector y practican una constante política de no intervención. Esa, es quizás, la preocupación dominante del Supremo.

En la realidad político-social del Paraguay –como se expuso en el segmento del contexto histórico del Paraguay- el doctor Francia había eliminado las castas y las clases altas dominantes, como los privilegios y discriminaciones sociales del colonialismo. El Dictador Supremo impulsó una política revolucionaria y nacionalista del país. Construyó un Estado autónomo y soberano, con una sólida base económica sostenida por un pueblo igualitario, unido y laborioso. El Supremo sustenta claramente este ideal identitario:

Se suele decir que el que se fía del pueblo edifica en la arena. Tal vez, cuando el pueblo no es absolutamente más que arena. Pero aquí no reina esta cábala. Yo lidio no con un pueblo de arena ni de fantasmas, sino con un

pueblo de hombres de mil y tantas miserias. ¡Paraguayos, un esfuerzo más si queréis ser definitivamente libres! (p.383).

Un proyecto normativo con visos constitucionales fue promulgado y divulgado especialmente en las escuelas primarias del Paraguay, conocido como *El Catecismo Político del Dr. José Rodríguez de Francia*. Este documento es considerado como la “columna vertebral” del pensamiento político del Supremo:

Redacté leyes iguales para el pobre, para el rico. Las hice contemplar sin contemplaciones. Para establecer leyes justas suspendí leyes injustas. Para crear el derecho suspendí los derechos que en tres siglos ha funcionado invariablemente torcido en estas colonias. Liquidé la impropiedad de la propiedad individual tornándola en propiedad colectiva, que es lo propio. (p.41)

Se visualiza en esta idea una incipiente reforma del agro, que se advierte en el ordenamiento jurídico del Supremo, al decretar la vigencia de la propiedad colectiva en tiempos del doctor Francia. Este punto es crucial y constituye un verdadero hito en las conquistas sociales del pueblo paraguayo; no sólo *leyes iguales* que benefician a los pobres, sino que les suministró armas para defender sus tierras:

Celebré tratados con los pueblos indígenas. Les proveí de armas para que defendieran sus tierras contra las depredaciones de tribus hostiles. Más también, los contuve en sus límites naturales impidiéndoles cometer los excesos que los propios blancos les habían enseñando.(p.41)

En la última frase de la cita se alude a eventuales actos de violencia que deben evitarse *impidiéndoles cometer excesos*. Esta aseveración entraña, además, un valor de respeto a la propiedad, que es un elemento determinante en las relaciones de los grupos comunitarios.

Para el personaje principal de la novela, la soberanía es esencia y fundamento de la identidad nacional. Cuando se refiere a nación unificada, se “lee” la postulación de un régimen de socialismo agrario, fundado en la desaparición de la clase dominante española, para dar lugar a un Estado igualitario y democrático.

En el orden económico, el Supremo destruyó, prácticamente, el poder económico de las altas clases propietarias todavía sobrevivientes del régimen colonial. En su lugar, impulsó el cultivo de la yerba mate y ello permitió un significativo autoabastecimiento de la economía. Protegió a los campesinos agricultores y le dio un gran apoyo a la industria de la cal. El Supremo abriga la confianza en un futuro mejor del Paraguay sobre la base de un comercio justo:

Nuestro pueblo, lo dije siempre, alcanzará lo suyo el mejor día; de lo contrario el tiempo se lo dará. Ábranse los ríos al comercio exterior; es lo único que falta para que nuestras riquezas inunden el exterior. Cuando la bandera sea libre de navegar hasta el mar, se admitirá que vengan a comerciar con nosotros los extranjeros en igualdad de condiciones. (p.301).

Reflexiona el Supremo: "...los paraguayos estamos a punto de caminar sobre el oráculo empedrado de onzas de oro." Los afanes de prosperidad estaban cimentados en un sólido principio de justicia social y, en la praxis, era un imperativo ayudar a los más necesitados. Predominó un espíritu de igualdad y, al producirse la independencia, no hubo una clase directora importante que encauzara vigorosamente este despegue democrático. No obstante, otras manifestaciones adquirirían consistencia rápida, como las tradiciones que se expresaban en luchas, para adquirir un perfil social y así proteger la vida física, económica y espiritual de los ciudadanos.

En el sector educativo, al Supremo se le debe el impulso a la educación primaria. Entre otras medidas, reconoció un sueldo estable a los maestros (seis pesos fuertes y una vaca al mes para cada uno), provisión gratuita de materiales escolares e incluso se les obsequiaba trajes (vestidos enteros a los educadores). Con base en la información del investigador paraguayo Roberto A. Romero citada en su libro *Dr. Gaspar Rodríguez de Francia*,(1997),

hubo en aquel entonces 140 escuelas rurales para 5.000 alumnos, en un país con menos de 200.000 habitantes, con un promedio de 36 estudiantes por clase. Oficialmente se enseñaba el español pero en la práctica era en guaraní. (p:161).

Agrega Romero que la devoción que el Supremo experimentó siempre por los libros la deseaba para los otros, y para comenzar, en 1836 creó con 5.000 volúmenes la primera biblioteca pública de la historia del Paraguay. (Romero, 1997:161).

Con respecto a la economía se considera que algunas de las medidas tomadas por el dictador provocaron con más fuerza la emancipación del Paraguay. El país, por primera vez, se abasteció a sí mismo con cereales, algodón y ganado y surgieron nuevos cultivos, tales como el maíz y el arroz. En la narración, se mencionan los productos básicos del Paraguay, lo que pone de relieve el grado de abastecimiento que tenía la tropa de el Supremo:

El sargento se retiró y antes de tres minutos volvió con cuatro ganaderos que portaban un petacón de tabaco de doscientas libras de peso, un bulto de yerba de iguales dimensiones, una damajuana de caña paraguaya, un gran

pilón de azúcar y muchos paquetes de cigarros atados y adornados con cintas variopintas. (p.316)

Agrega el texto de *Yo, El Supremo*: Señor don Juan, “éstos no son más que unos pocos de los ricos productos de este suelo y de la industria y el ingenio de sus habitantes.” (p.316) Esto corrobora el desarrollo de la economía que abastecía satisfactoriamente a la población del país. Incluso por lo benigno de su suelo se le denominó *paraíso del mundo*. Ahora bien, en la realidad histórica, la administración del doctor Rodríguez de Francia reglamentó el comercio y los precios de los productos alimenticios, confiscó la mitad de las tierras a los latifundistas, las cuales arrendó a pequeños productores. De esta medida gubernamental procede la creación de las Estancias de la Patria, que eran haciendas estatales en donde los campesinos trabajaron como peones asalariados.

Estas manifestaciones diversas que aluden a lo propio, a lo nacional, que conforman una identidad endógena en la realidad histórica del gobierno de Francia, el autor Fernando Aínsa las analiza como dos movimientos:

El centrípeto nacionalista y el centrífugo universalista. Mientras para los protagonistas del primero, las verdaderas raíces de la identidad estarían en el corazón secreto y escondido de América. Para los segundos la identidad es el resultado del juego de reflejos entre Europa (o si se prefiere la llamada cultura occidental) y América. (Ainsa, 1995:13)

Si utilizamos el modelo teórico de Aínsa para analizar el contexto paraguayo durante el gobierno del doctor Francia, vemos como las medidas adoptadas por el Supremo en el orden interno se dan con las características de un movimiento centrípeto de repliegue y arraigo de búsqueda de la identidad a través de la integración de la narrativa enriquecida con otras técnicas estéticas como la oralidad, el imaginario social presente en mitos y tradiciones.

La identidad paraguaya, reiteramos, se ha fortalecido gracias a la novela de Roa Bastos. En *Yo, El Supremo* se han develado literariamente los mitos, símbolos y la diversidad cultural del Paraguay. La literatura ha generado un discurso sobre el mundo que, a su vez, trasciende a la cultura de la sociedad, para formar una especie de tejido simbólico mediante el cual los seres humanos conocen y operan su realidad. La literatura desde sus elementos textuales ¿debe adecuarse a las condiciones de la sociedad?

Un colectivo social, además de vivir en su propio entorno, sus intereses, sus demandas y sus problemas, fecunda una construcción de tipo ideológico, que Lucien Goldman denomina una cosmovisión:

Lo peculiar de ella es que obedece a un proceso colectivo, grupal, y no meramente individual, destinado a obtener un instrumento simbólico con el

cual actuar dentro de la historia, imponer un conjunto de valores y establecer una serie de intereses comunes. Tal cosmovisión es ya un discurso coherente, y no meramente las bases sociales, políticas o económicas, que le dan nacimiento. (1974:92)

Concretando algunas observaciones, podemos manifestar que el ideal de la cultura paraguaya ha sido forjar una identidad propia sobre la base de lo nacional y del imaginario social que aborda Roa Bastos en su narrativa. Lo nacional entendido como conjunto donde se integran no sólo el contexto político sino también el socioeconómico e histórico, lo geográfico y lo étnico-cultural.

Para la elaboración de la novela el escritor paraguayo Roa Bastos utiliza expresiones en guaraní comunicadas a partir del narrador que hacen más fecundos y originales los diálogos. Por ejemplo:

Oe...oé...yekó raka'é; ñande karai-Guasú o nacé vaekué... (p.388)

Esta expresión la emplean usualmente las mujeres y se traduce como “hace mucho tiempo nuestro Gran Señor dicen que nació.” Paraguay ha sido considerado como país bilingüe y se ha mantenido hasta nuestros días como encomiable tradición cultural. Con fecha 1° de marzo de 1813, la Soberana Asamblea General Constituyente reunida en Buenos Aires sancionó el decreto relativo a la extinción de tributo y, además, derogó la mita, las encomiendas, el yanaconazgo y el servicio personal de los indios. Al darlo a conocer, se mandó a traducir a los idiomas aymará, quichua y guaraní.

El bilingüismo es la materia prima que se considera como la más auténtica de la historia del Paraguay. En la obra *Yo, El Supremo* adquiere una dimensión polifónica mediante el aprovechamiento de recursos del habla popular. Rubén Barreiro dice al respecto: “Si Roa Bastos es la metáfora de la lengua en el Paraguay, es cierto que tiene que significar la fusión y la imbricación de dos hemisferios lingüísticos de tan diferente estructura y funcionalidad.” (1989:130).

Las particularidades de la cultura bilingüe, única en su especie en América Latina, constriñen, ciertamente, a los escritores paraguayos, en el momento de escribir en castellano, a oír los sonidos de un discurso oral informalizado aún, pero presente en la vertiente emocional y mítica del guaraní. Este imaginario social subyace en el universo lingüístico bivalente hispano-guaraní, escindido entre la escritura y la oralidad.

Concordamos con quienes piensan que la historia no siempre dice la verdad. Existe una historia contada y una historia crítica, actualizada, que pone la verdad y la mentira en su sitio. La novela, tal como puede ser entendida en *Yo, El Supremo* es una visión mítica y crítica, de múltiples perspectivas, biográfica, histórica y ficcional, verdadera realidad recreada. Es, en síntesis, la historia ficcionalizada de la

identidad cultural paraguaya, pero como en las catedrales antiguas, la luz no es del todo diáfana y el lector debe adentrarse en una novela compleja donde los textos y los tiempos se confunden.

El legado histórico de la novela *Yo, El Supremo* es cabalmente una contra historia capaz de transgredir la historia oficial y que permite la posibilidad de nuevas lecturas de la realidad, como del ser humano negado, ausente de su medio, que clama su lugar en la historia, con el protagonista verdadero.

Roa Bastos, en su novela, rescata el cabal sentido de la identidad cuando el pueblo toma conciencia de su “aquí y ahora”. Un aquí y un ahora que trasciende el marco político para ir a cuestiones internas propias y esenciales del Paraguay y de los paraguayos, pero que no le son ajenas al resto de Nuestramérica.

La lectura de la novela como un relato persuasivamente preventivo contra lo que Rodríguez de Francia intentó defender como uno de sus grandes méritos, y contra la colonización, revela cómo, en nuestro momento histórico, la narración de Roa Bastos brinda una voz disuasiva a la resistencia contra las fuerzas económicas y culturales que encuentran nuevas vías para penetrar, en provecho unilateral, naciones que desearían ser realmente soberanas e independientes.

Bibliografía

Obras citadas

- Aínsa, Fernando. (1995). *La Reescritura de la historia narrativa Latinoamericana: en conferencias N° 8*. Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericana, San José: Universidad de Costa Rica.
- Barreiro, Rubén. (1976). *La historia y las historias en Yo, el Supremo de Augusto Roa Bastos*. Seminario sobre Yo, el Supremo. Poitiers, Francia: Publications du Centre de Recherches Latino-Americanas de l'Université de Poitiers.
- Carpentier, Alejo. (1981). *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo*. México: Siglo XXI.
- Duby, Georges. (1994). *Escribir la historia*. Reflexiones, N° 25. Universidad de Costa Rica.
- Foucault, Michel. (1972). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Goldman, Lucien. (1974). *Introducción a los primeros escritos de Georg Luckács*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veinte.
- Marine-Palmieri, E. (1984). *Paraguay*. Buenos Aires, Argentina : Ed. Solar
- Pérez, M. y González, Y. (1996). "Identidad de identidades" en *Identidades y Producciones Culturales América Latina*. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Romero, Roberto. (1977). *Dr. Gaspar Rodríguez de Francia*. Asunción, Paraguay. Univ. Autónoma de Asunción.
- Veyne, Paul (1984). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid, España: Alianza Universitaria.

Entrevista

- Prensa de Lima (Perú) *Escarbando a un Dictador*. (4 de Feb. 1975).